

El viejo del autobús

ALBERTO S. MONTÓY

Image not found.

Capítulo 1

El viejo del autobús

Ese día llegaba tarde para realizar unas gestiones en el centro, era Navidad y toda la ciudad estaba colapsada el tráfico, la cosa estaba tan mal que aparqué donde pude para coger un autobús, al menos los conductores respetaban aún el carril bus.

Pagué mi billete y me senté en uno de esos espacios en los que los pasajeros van frente a frente en filas de dos.

Frente a mi iba un hombre mayor, quizás de entre ochenta y noventa años sentado en la zona de la ventana, yo me senté en su diagonal dando mi asiento a la zona del pasillo. Por lo general intento no sentarme en los pasillos, me sirven para fijarme en la gente que entra o sale, en cómo visten o en como van de desvestidos, en si traen bultos de compra o no y en cómo puede ser su vida.

Cuando al autobús arrancó el hombre que estaba en frente me comentó si me gustaba leer. Lo dijo porque yo llevaba una libreta que confundió con un libro debido a su carátula, era la de Maldito Karma de David Safier.

-¿Le gusta a usted leer?

-Sí me gusta ¿y a usted?.- le respondí

-También, hace poco he terminado El manuscrito carmesí. Trata sobre los últimos años del reino de Granada y su último sultán Boabdil, contado desde el lado musulmán.

-Lo he leído, es de Antonio Gala, pero de eso hace ya más de treinta años. Fue premio Planeta hace más de tres décadas, y qué, ¿le ha gustado?

-No mucho. Es que sabe usted, a ese Boabdil le importaban más sus escarceos amorosos que la situación política de su reino, y le gustaban los hombres, bueno, más bien los chicos jóvenes.

El autobús iba parando, la gente subía y bajaba. Los asientos vacíos se fueron llenando y nuestros vacíos acabaron con dos personas más. El hombre me seguía hablando del libro de Gala y yo le respondía que la homosexualidad era normal en aquellos tiempos. Mis respuestas eran breves porque me molestaba que los demás pasajeros se vieran obligados

a escuchar cosas que no les interesaban, pero el hombre insistía.

-Boabdil tenía un problema más importante que acostarse con Jalib. La ciudad estaba siendo conquistada por los cristianos y él tenía su corazón en otro sitio, le faltaban agallas y le sobraban conocimientos. -sonaba tan convincente que empecé a tomarle en serio.

Me fijé en que llevaba una carpeta a rebosar de documentos que agarraba fuertemente a sus rodillas. A pesar de su edad se conservaba bien, su voz era agradable y era un poco descuidado en su imagen.

-Yo escribo poesías y según mi hija, que es catedrática de lingüística, dice que lo hago bien.

-Ah, pues será verdad, no creo que le mienta, es su hija, pero una profesional es una profesional siempre aunque sea su hija.

En ese momento, abrió su carpeta que estaba llena de bocetos y poemas pero al hacerlo se quedó callado mirando hacia la calle pensativo sin que le interesara seguir en la conversación. Su pensamiento parecía estar enredado entre los hilos de su vida.

-¿Y dígame, de qué tratan sus poesías? .- le comenté para que volviera.

-Casi todas de comida.

-¿Comida?.- nunca lo hubiera imaginado, si hubiera aceptado una apuesta la hubiera perdido fácilmente. ¿A qué le puede interesar leer poesías de comida?

-Sí, comida. Hace unos años fui contertulio de un programa de radio dedicado a la cocina y desde entonces todos mis poemas tratan de comida.- Parecía que se animaba- Mi trabajo consistía en leer al final del programa un poema sobre el plato del día. Sin embargo, el último que hice, y más importante, no lo pude leer ni tampoco entregar a su destinataria.

-¿No lo pudo leer porque se quedó afónico no le salía inspiración, qué paso?

-No fue nada de eso. Fui andando hasta la emisora mientras repasaba mentalmente la poesía que había escrito la noche anterior dedicada a nuestra maestra, directora y jefa de cocina, pero la emisora estaba cerrada. La habían clausurado la noche anterior sin avisar a nadie. O no a mí al menos. En la puerta había un cartel que ponía "Cerrada por la autoridad sin nueva orden de apertura".

-¿Pero no sabe qué pasó? alguna explicación habría. -dije para tranquilizarle porque vi que sus ojos se llenaban de recuerdos dispuestos a caer por sus mejillas en una décima de segundo.

-No supe nunca nada, nadie me llamó ni yo tenía el teléfono de nadie. Yo sabía que era una emisora financiada por un grupo religioso pero a nosotros nos daba igual porque hablábamos de recetas de cocina. Para mí que pasaba los días contando los minutos de la semana para ir a la emisora fue un mazazo como cuando algo te golpea la cabeza y te deja KO durante mucho tiempo.

-¿Pero nadie le llamó para informarle de lo que había pasado aunque fuera posteriormente?

-En absoluto, nadie tenía mi teléfono, yo acabé en el programa por pura casualidad. Mi hija me contó que en una emisora cercana de casa estaban buscando a alguien que escribiera poesías de forma rápida para un programa de cocina. Me costó decidirme pero un día antes de finalizar el plazo envié un poema a la emisora y les gustó. Me contrataron enseguida a cambio de que no cobrase nada. Entonces entendí porque gané, un hombre joven nunca trabajaría gratis, en cambio para mí trabajar aunque fuera gratis era como un día de fiesta. No me pidieron datos, solo que fuera todos los lunes media hora antes del inicio para conocer la receta, hacer la poesía y leerla al final. Nunca pregunté el teléfono de nadie ni nadie me dio el suyo.

El viejo contaba todo aquello de forma tranquila entre la pena y el recuerdo que casi se puede tocar.

-Me sentía importante cuando iba allí. Pero después de todo el tiempo que ha pasado lo que más molesta no es que se hubiera acabado el programa sino que el poema que hice a la directora no se lo pude entregar. Mire, aquí la llevo.

Me lo enseñó. Era un poema largo con una letra muy cuidada, con una caligrafía fantástica, de alguien que se recrea cuando el destinatario es importante.

-Siempre va conmigo por si me la cruzo por la calle o la veo desde el autobús. El papel ya casi está amarillo. No sé si a usted le ocurre, pero cuando haces algo para alguien y no se lo puedes entregar es como que si se te quedara una herida abierta, una deuda pendiente.

-¿Quiere que le lea alguna?

-La de la directora.- dije enseguida

-No, esa sólo se la podría leer a ella antes de que se la entregue, es suya, pero si me permite puedo leerle otra.

Y empezó a leer una dedicaba al pisto.

“Tomates con cebolla pequeñita y

pimientos rojos y verdes con calabacín

danzan en el círculo redondo de la sartén.

El fuego va absorbiendo la dureza,

blandiendo la zanahoria,

haciendo hablar al aceite que hace chup-chup.

Mientras la sal, el huevo y la coliflor

esperan su turno con sana ambición”.

Al oír coliflor una señora sentada dos filas más atrás comentó en voz alta <¿Zanahoria y coliflor al pisto desde cuando? Esos ingredientes no los lleva ningún pisto, inútil, si escribe sobre recetas aprenda antes a cocinar>

El ataque de la señora fue feroz, hasta yo mismo me avergoncé como si el pisto lo hubiera hecho yo. En ese momento todas las miradas estaban dirigidas al asiento del viejo y a mí, que conversaba con él. Era como si el día hubiera sufrido un eclipse de sol y la oscuridad se hubiera adueñado del autobús. Ojos, sólo veía ojos redondos sueltos en nuestra dirección.

Me imaginé que alguien le diría algo a la señora por meterse con el viejo y conmigo que le daba palique pero no fue así. El ataque de la señora iba a más <si no sabe de cocina no escriba sobre ella, viejo chocho de mierda>.

Para mi decepción, las mujeres que estaban a su alrededor empezaron a estar de su lado y darle la razón, el pisto no podía llevar coliflor. Eran las once de la mañana y a esa hora no había nada más que mujeres en el autobús y algún despistado como nosotros que no se metía por timidez no sea que la tomaran con él.

Estaba deseando que llegara la siguiente parada para bajarme con el viejo pero cuando fue a comentárselo el viejo fue desapareciendo en su propio asiento hasta reducirse hasta la nada absoluta y desaparecer. Simplemente dejó de estar presente y era como si se hubiera colado por alguna fisura de la estructura entre el asiento y el respaldo. Asustado

empecé a palpar el asiento por inercia, como si estuviera allí y resultó que una mano sostuvo a la mía, la mano era del viejo. Se había hecho invisible.

Algunos usuarios observando que el viejo había desaparecido gritaron al conductor.

-Alarma, pare pare, el viejo ha desaparecido.

El conductor como si no fuera con él pasó de todos, estaba acostumbrado a soportar gritos, insultos y malos modos, era un conductor experimentado que hacía su trabajo y punto. Los problemas si los había que se los comieran otros.

Aunque nadie podía ver al viejo me dí cuenta que yo podía ver su contorno físico. Me sorprendieron sus habilidades, en un momento no solo se había hecho invisible sino que flotaba en el aire como una hoja de laurel cuando la lleva el viento. Voló del asiento y se situó a centímetros de la señora de dos filas atrás, casi podría decirse que respiraba el mismo oxígeno que ella pero no lo veía ni notaba su presencia.

En ese momento se oyó

-!!!!ZAS!!!! sonó a un tortazo de mano de boxeador como no lo había oído nunca.

La cabeza de la señora daba cabezazos en torno a su cuello con giros delante atrás debido al contragolpe del tortazo metido por el viejo que seguía situado encima de su cabeza mirándola desde arriba.

La cara de la señora empezó a ponerse roja como si se hubiera tomado todo el pisto de golpe y se le atragantara la coliflor. El tomate empezó a salirse por los orificios de la nariz como una pequeña catarata roja, sus cejas comenzaron a tener rugosidades blancas que crecían por momentos y sus mejillas se transformaron en dos hojas verdes que acabaron por tapar su cara como las que envuelven a la coliflor.

Los pasajeros se miraban unos a otros echándose para atrás, se fueron levantando uno a uno dejando a la señora sola con los pañuelos que iban dando para que se limpiara el tomate que le caía por la cara mientras iban poniéndose en cola y alejándose de ella no fuera que les dieran otro mamporro como el de ella.

<<La culpa de todo esto la tiene el puto viejo de mierda que ha desaparecido, la madre que lo parió>>.- eran los comentarios más dulces

que decían.

Con el alboroto estuvo el conductor de parar el autobús, pero faltaban pocos metros para la llegada a término y no paró, ante de llegar se oyó un petardazo como si se hubieran pinchado las ruedas del autobús. Al cabo de unos segundos un olor nauseabundo equivalente a diez bombas fétidas inundó todo el receptáculo, el pedo que el viejo se pegó hizo que todo el mundo incluso yo, nos lleváramos las manos a la nariz. La mujer que echaba tomate por la nariz se la taponó también pero agravó su situación porque acabó vomitando el tomate al pasajero que tenía delante de ella.

Después de todo esto el viejo se calmó, volvió a su sitio y esperó tranquilamente viendo como sus supuestos enemigos del autobús lo pasaban realmente mal. Cuando llegamos al final todos salieron corriendo a vomitar en el asfalto, nadie sabía exactamente que había pasado pero estaban seguros que el viejo era el culpable aunque también repartían caña a la señora <maldita zorra tenía que haberse callado> <dios que retortijón de tripa>.

El conductor miró para atrás y por un momento me pareció que era el viejo quien lo conducía.

Bajé del autobús más mareado que otra cosa, empecé a andar con el propósito de alejarme de allí lo más rápido posible, como si no hubiera estado montado sin percatarme que el viejo invisible caminaba junto a mí que según iba andando se iba haciendo corpóreo, se acercó y me dijo algo al oído <La poesía como la imaginación es libre de crear a su antojo lo que entiende justo>.

Pasos más tarde el viejo se rehizo por completo y volvió a su imagen normal del principio. Me puse frente a él, lo toqué para asegurarme que era real y después me froté los ojos como si estuviese despertando de una pesadilla.

Había una cafetería cerca y le invité a entrar, necesitaba un café triple para comprender todo lo que había pasado, si es que había pasado. No le quise preguntar nada, no sabía si había vivido una realidad aparte de la real o todo era parte de una imaginación mía pero el viejo dijo como sin venir a cuento <no se preocupe, cosas así suceden todos los días pero solo unos pocos ven>.

Nos sentamos cerca de una ventana desde donde podía darnos el sol, abrió de nuevo su carpeta y como si nada hubiera pasado me siguió contando su historia.

Me enseñó la carátula de lo que sería su futuro libro de poesía que

mezclaba con dibujos parecidos a los de Castelao.

Le pregunté por su inspiradora y directora del programa.

-Era una mujer muy simpática que reía siempre y hablaba mucho porque sabia mucho. Más bien gordita, en ese momento, lo paré y le dije <Yo la conozco>.

-¿Qué usted la conoce, no puede ser? - dijo el hombre enarcando las cejas.

-Si. Se llama Aracel, ¿no es así?.

-Sí, ese era su nombre.

-Hace quince días comí con ella, su marido y unos amigos. Cocina maravillosamente y hace cosas en la cocina que ni en sueños se me ocurrirían a mi.- yo sabía que Aracel había estado en un programa de radio pero nunca supe como se terminó su colaboración y resulta que ahora me encuentro a un viejo que compartía el programa con ella.

El hombre se quedó mudo, las lágrimas se mostraron sin querer . Llevaba más de cinco años buscándola imaginando que la encontraría por donde iba, y resulta que yo, que había aparecido de repente en su asiento de enfrente la conocía.

Le conté que seguía cocinando y con otros proyectos pero que también lo había pasado mal a causa de una enfermedad grave que por poco la aparta del mundo, que ahora no hablaba tanto pero que seguía siendo la mejor cocinera del mundo y que era tan buena persona como antes.

-¿Usted podría darle mi poesía?. Es que yo no puedo tenerla más. Temo morirme antes de encontrarla o que se me pierda y será peor, porque entonces moriré de pena y haber sido tan inútil.

-Voy a hacer algo mejor, ¿qué le parece si me da su número de móvil para que ella lo llame?

Cuando hablé con Aracel no podía creer que había conocido al viejo y que me hubiera contado lo de la cadena de radio. Era verdad todo lo que me contó el viejo. Dias más tardes lo llamó, quedaron en un bar cerca de la antigua emisora para recordar los días aquellos. Cuando se vieron se abrazaron por un rato como si fueran padre e hija e hiciera una década que no se veían. Con los ojos emocionados el hombre abrió su carpeta pero no le puedo leer el poema, murió en el mismo instante en que se lo entregaba. Los médicos confirmaron muerte por infarto de miocardio,

arancel y yo sabemos que fue su emoción la que falló.

Cinco años antes, Aracel habría abierto el programa como siempre explicando con gracia la receta del día, indicando la dificultad, el tiempo de elaboración y los trucos para cocinar mejor. Una vez que el viejo hubiera leído el poema poniendo énfasis en los ingredientes, aliños, pesos, tiempos de cocción de la receta y otras cosas escritas con sabor Aracel cerraría el programa hasta la próxima semana.

“Gracias por oírnos, no te preocupes si no cogiste bien todos los ingredientes, es mejor así, no tengas miedo cuando hagas la receta, tu imaginación hará la que sea la tuya. La semana que viene te esperamos de nuevo no nos faltes nosotros seguiremos aquí, Aracel Gutierrez y Nino Canda”.

Lo fascinante de esta historia mas allá de que yo conociera a Aracel y que hubiera estado cenando con ella días atrás en su casa con unos amigos o que coincidiéramos el viejo y yo en el autobús es que con las prisas no me di cuenta del número de línea que cogía y me equivoqué de autobús, o quizás no, y quizás era el autobús que me esperaba aquel día.